

tantos que sirven y aman á Dios con infinitos conques, con mil delicadas reservas; tantas personas tibias, flojas y descuidadas en el servicio de Dios.

¡Amable Salvador mio, y cuanta razon tengo para avergonzarme á vista de mi cobardia y de mis pasadas tibiezas! Es cierto, Señor, que he gustado muy poco aquellas delicias, aquellos celestiales consuelos que reservais para vuestros favorecidos; porque tambien os he amado muy poco, y os he servido con mucha flojedad. Aquí teneis, Señor, todo mi corazon, y con él os entrego tambien todo mi espíritu, toda mi voluntad, todo cuanto soy; y os lo entrego sin dilacion y sin reserva, no queriendo ser ni vivir sino para vos solo.

JACULATORIAS. — ¡O Señor, y qué de consuelos teneis reservados á los que os temen, os aman y os sirven! (Ps. 30.)

Mil veces son dichosos y bienaventurados aun en esta vida los que guardan la ley santa de Dios. (Ps. 118.)

PROPOSITOS.

1 Por mas que todos los santos nos aseguren que no hay en la tierra consuelos iguales á los que gustan los verdaderos siervos de Dios; por mas que el mismo Jesucristo nos proteste que la paz del corazon, la tranquilidad del espíritu, la alegría y los consuelos interiores se reservan para los que le sirven con fervor; no hay forma de creer lo que no se experimenta. ¿De donde nacerá tanta incredulidad en un punto en que parece interesaríamos mucho en ser mas dóciles? Yo lo diré: no se quiere creer que sea tan dulce la vida perfecta, porque no se quiere practicar lo que es necesario para lograrla; como si el error pudiera excusar la cobardia. Corrige esa falsa idea, y resuélvete desde luego á hacer la esperiencia de las dulzuras que gustan en el servicio de Dios las almas fieles; comienza á cumplir con puntualidad las obligaciones de tu estado; forma una eficaz resolucion de no negar á Dios cosa que te pida; sírvele desde este mismo punto con nuevo fervor; preséntate en la iglesia con nuevo respeto; reza y haz oracion con nueva piedad; pasa este dia de manera que no te acuse la conciencia ni de cobardia, ni de infidelidad, ni de negligencia en el servicio de Dios, y gustarás cuan dulce es el Señor.

2 Toma hoy un cuarto de hora de tiempo para pedirte cuenta, y de rodillas ó sentado, examina ciertos descuidos, ciertas faltillas de fidelidad, ciertos pequeños sacrificios que ha tanto

tiempo te está pidiendo Dios, y tambien ha tantos años que tú le niegas. Basta un menudo recuerdo de estos hechos para curbrinos de confusion, y para justificar el rigor con que alguna vez nos ha tratado la divina Providencia. Perdonaste una injuria, un desaire que te hicieron; no deseaste mal alguno á quien te le hizo; pero no tienes valor para hacer á esa persona una visita, ni para concurrir adonde ella concurre, no obstante de que lo requeriria así la atencion ó la necesidad. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. Tienes horror á ciertos vicios groseros; los raptos de cólera te parecen indignos, no solo de un cristiano, sino de un hombre de bien; pero muchas veces estás de mal humor con la familia, y tus criados y tus hijos experimentan con frecuencia los amargos efectos de ese mal humor. Esto te pedia Dios, y esto le negaste. No gustas vestirté inmodesta ni provocativamente; pero te agradan mucho mil invenciones de la vanidad, cien cachivaches de la moda, á cual mas costosos, á cual mas supérfluos, y á cual menos cristianos. Este sacrificio te pedia Dios, y tú no le quisiste hacer. Guardas tus votos religiosos, y observas exactamente ciertas reglas; pero no cumples con otras fáciles y menos considerables. La observancia de estas te pedia tambien Dios, y no has querido concedérsela. Tu vida es unida, devota, arreglada, ejemplar; pero al cabo del dia te estaba pidiendo Dios algunas mortificacioncillas. Suprimir un dicho agudo, mortificar una curiosidad, bajar el tono de la voz, guardar modestia en tal ocasion; éstos sacrificios son bien pequeños, y tú los harias por un corto interés, por servir á un amigo, por complacer á una persona, etc. Pidiételes Dios, y no los quisiste hacer por él. Estos hechos te deben avergonzar; tu conciencia te acusa de ellos; ¡y después te quejas de la sequedad, y de que la gracia no allane las dificultades que experimentas en el servicio de Dios! *Date, et dabitur vobis*: Da á Dios esas cortas señales de fidelidad, y Dios te concederá aquellós abundantes consuelos interiores, que hacen tan suave su yugo y su carga tan ligera.

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

SAN ENRIQUE I, emperador, en Bamberg; el cual guardó perpetua virginidad con su mujer Cunegunda, é indujo á S. Esteban rey de Hungría, con cuasi todo su reino, á que abrazase la fe católica. (Véase su vida en las de hoy.)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES EUTROPIO, ZOSIMA Y BONSASA, hermanas, en Porto.

SAN CATULINO, diácono, en Cartago; en cuya alabanza predicó san Agustín al pueblo.

LOS SANTOS MÁRTIRES GENARO, FLORENCIO, JULIA Y JÚSTA, cuyos cuerpos fueron colocados en la Basilica de Fausto.

LOS SANTOS MÁRTIRES FELIPE, ZENON, NARCEO Y DIEZ NIÑOS, en Alejandria.

SAN ABUEMIO, mártir, en la isla de Tenedo, el que padeció en tiempo de Diocleciano.

SAN ANTIOCO, médico, en Sebaste, degollado en tiempo del presidente Adriano; y habiendo manado leche de su cabeza en vez de sangre, se convirtió á Jesucristo el verdugo llamado CIRIACO, y padeció tambien martirio.

SAN FELIX, obispo y mártir, en Pavia.

EL TRÁNSITO DE SAN JAIME, obispo de Nisibe, en la misma ciudad; varon de admirable santidad, esclarecido por su saber y milagros, uno de los que confesaron á Jesucristo en la persecucion de Galerio Maximiano, y de los que en el concilio Niceno condenaron la blasfemia de Arrio, que negaba la consustancialidad del Hijo de Dios: por las oraciones de este Santo y por las del obispo Alejandro llevó el hereje Arrio el castigo debido á su iniquidad, echando del vientre las entrañas en Constantinopla.

SAN ATANASIO, obispo de Nápoles, en la misma ciudad; el cual fue perseguido y echado de su iglesia por su malvado sobrino Sergio; y finalmente acabado con tantos trabajos, en Veroli voló al Señor en tiempo de Carlos Calvo.

EL HALAZGO DEL CUERPO DE SANTA ROSALIA, virgen, en Palermo, en tiempo del papa Urbano VIII; la cual libró de la peste á Sicilia el año del jubileo.

SAN ENRIQUE I, EMPERADOR.

SAN Enrique, por sobrenombre el *Piadoso*, y el *Cojo*, nació en el castillo de Abaudia, sobre el Danubio, el año de 972, siendo su padre Enrique, duque de Baviera, y su madre Gisela, hija de Conrado, rey de Borgoña. Administróle el santo bautismo Wolfango, obispo de Ratisbona, quien sintiendo dentro de su corazon ciertos secretos anuncios de la futura santidad del tierno principe, quiso encargarse de su educacion, y le crió con el mayor cuidado, inspirándole los mas puros principios de la cristiana virtud. Imprimióle tanto horror al vicio, que no podian ser mas inocentes las costumbres del niño Enrique. Contribuian mucho á la eficacia de las saludables instrucciones del santo prelado el bello natural del principe, su corazon recto y compasivo, su ingenio tan pronto como dócil, su aire apacible, pero al mismo tiem-



S. ENRIQUE EMPERADOR.

po majestuoso , y unos modales nobles , naturalmente gratos , desembarazados y atentos. Previendo S. Wolfango los grandes bienes que prometian á la Iglesia y al Estado las virtuosas inclinaciones y los elevados talentos de su discípulo , no perdonó medio ni diligencia alguna para formar en él un gran santo y un gran principe.

Logróse felizmente su trabajo. Aprovechóse Enrique admirablemente de las lecciones que oia á tan hábil como experimentado maestro , y en pocos años hizo asombrosos progresos en el difícil arte de obedecer á Dios , y mandar á los hombres. Muerto Wolfango , no por eso se desvió un punto el principe de aquel método de vida que habia entablado por su consejo ; y creciendo con los años la virtud , era ya el principe de Baviera la admiracion de todas las cortes , cuando le llevó la muerte á su querido maestro. Sintió y lloró esta pérdida como era justo ; y para consolar su dolor , todos los dias pasaba muchas horas de oracion sobre su sepultura , regándola siempre con tiernas y dulces lágrimas.

Dormia una noche el principe en su cuarto , y soñó que estaba sobre la sepultura de S. Wolfango , pareciéndole que veia al mismo Santo , y que con el dedo le mostraba un letrero escrito en la pared , mandándole que le leyese ; pero que él por más que se esforzaba á leerle todo , no pudo pasar de estas dos palabras : *post sex* , despues de seis. Habiendo despertado comenzó á discurrir qué podria significar aquel misterioso sueño ; y concluyó , que sin duda se le daba á entender habia de morir dentro de seis dias , con cuyo pensamiento solo se empleó en disponerse para la muerte , añadiendo á sus devociones muchas limosnas , y grandes penitencias á los sacramentos de la Confesion y de la Eucaristía. Hallábase pronto su rendido corazon cuando se pasaron los seis dias ; y no experimentando novedad en su salud , juzgó que se habia equivocado , entendiendo por seis dias los que eran seis meses ; y rindiendo al Señor muchas gracias , porque le concedia mas tiempo para disponerse á morir , pasó aquellos seis meses en oraciones , en penitencias y en buenas obras. Al cabo de los seis meses , como vió que tampoco se moria , creyó que aun no estaba en sazón para presentarse á los ojos de Dios , y que su misericordia le concedia todavia otros seis años de vida. Aprovechóse de la ocasion , y persuadido á que estaba muy próxima su postrera hora , negociaba con todo para el cielo. Desprendido de todo lo terreno , únicamente suspiraba por su amado ; y encendido en amor de Jesucristo y en una tierna devocion á la Santísima Virgen , pasaba los dias y las noches al pié de los

áltares, de donde no se arrancaba sino para ejercitarse en otras buenas obras. Así iba el Señor disponiendo aquella grande alma para preservarla del veneno de las grandezas humanas; en medio de las cuales había determinado su amorosa providencia hacerle santo. Con efecto, pasado el término de los seis años, y habiendo muerto Oton III, fué Enrique electo emperador, y consagrado rey de Germania por Wigilliso, arzobispo de Maguncia; y no se puede explicar el gozo de toda Alemania con la noticia de tan santo rey, siendo universal el aplauso de la eleccion.

Ya había algunos años que Enrique estaba casado con Sta. Cunegunda, hija de Sigefredo, primer conde de Luxembourg; pero como eran tan parecidas las costumbres, había unido la virtud aquellos dos corazones con un vínculo tan puro, como eran castas las almas; y desde el primer día de la boda mutuamente habían convenido, por un heroísmo de virtud tan rara como magnánima, que vivirían y se amarían como hermano y como hermana.

Fué ungido y consagrado rey el día 7 de junio del año de 1002, y el 10 de agosto del mismo año dispuso que fuese coronada la reina. En nada inmutó la nueva dignidad el ejemplar método de vida que observaba el santo rey; solo añadió nuevo esplendor á su virtud, sirviendo su elevacion únicamente á la mayor exaltacion de la Iglesia, y su poder al mayor triunfo de la religion. Impúsose desde luego por la primera de sus obligaciones el sacrificar su descanso á la felicidad de sus pueblos, haciendo suyos propios los intereses de sus vasallos. Dedicó su primer desvelo á que reinase la justicia en sus estados, y á corregir los desórdenes que turbaban la quietud pública, y desconcertaban la disciplina de la Iglesia. Irritó á muchos príncipes alemanes el zelo del virtuoso monarca. Al descontento se siguió la rebellion; pero la moderacion y la prudencia de Enrique la sufocaron en su mismo nacimiento. Redujo los rebeldes á su deber, y se aprovechó admirablemente de la paz para hacer que floreciese en Alemania la religion. Enriqueció muchas iglesias con grandes dádivas de su piadosa liberalidad, y reparó las de Hildesheim, Magdebourg, Sirasbourg y Meersbourg, casi del todo arruinadas por la barbaridad de los esclavones. Apoderáronse estos bárbaros de la Polonia y de la Bohemia; juntó Enrique sus tropas, y marchó contra aquellos enemigos de la Iglesia y del Estado. Presto esperimentó las ventajas que lleva el que combate por la causa de Dios. Conociendo que seria forzoso venir á las manos, fué su primera diligencia poner su persona y su ejército bajo la proteccion de los santos patronos del país, singularmente de S. Adrian,

cuya espada fué á tomar en Wasbech, donde se conservaba como preciosa reliquia. La vispera de la batalla mandó que comulgasen todos los soldados, dándolos él mismo ejemplo; y el día siguiente, habiéndose avanzado los enemigos con una constancia fiera y arrogante, el rey, que era uno de los mayores capitanes de su tiempo, ordenó su ejército en batalla. No le acobardó el número de los bárbaros, aunque doblaba el de los alemanes; y habiendo corrido personalmente las líneas, lleno de confianza en la proteccion del cielo, animó á los soldados á combatir, mas por los intereses de la religion, que por los de la patria. Ya se iba á dar la señal de acometer, cuando se notó un grande movimiento en el ejército del enemigo; era un terror pánico que se había apoderado del corazón de aquellos bárbaros; cada uno de ellos pensaba no mas que en escapar como podia, y queriendo los oficiales detenerlos, volvieron las armas contra ellos; de manera, que por un prodigio nunca oido, aquel formidable ejército se deshizo por sí mismo, sin que el de Enrique hubiese sacado la espada. Reconociendo el religioso príncipe la mano visible del Señor, levantó los ojos al cielo, y exclamó: *Glorifiquente, ó gran Dios, todas las naciones, porque protegiste á los que confiaban en tí.* Repitió todo el campo muchas veces las mismas palabras, y resonaban en el aire las gracias y las aclamaciones.

Con esta gran victoria se vieron precisados los esclavones á pedir la paz, y Enrique se la concedió con las condiciones de que la Polonia, la Bohemia y la Moravia serian sus tributarias. Despues cumplió con real magnificencia el voto que había hecho de reedificar la iglesia y obispado de Meersbourg; fundó el de Bamberg; y á este efecto, como al de restablecer la disciplina eclesiástica en Alemania, juntó los prelados en Francfort, en cuya ocasion dió el religioso príncipe el mas esclarecido ejemplo de su profunda humildad y de su respetuosa veneracion al sacerdocio; porque habiendo entrado donde estaban congregados los obispos, se postró delante de todos, manteniéndose en esta humilde postura hasta que el arzobispo de Maguncia le obligó, en nombre de toda la congregacion, á que se levantase; y tomándole por la mano, le condujo al trono que se le había prevenido en la sala. Arregladas en la junta todas las cosas, y deseando Enrique dejar mas cimentada en Bamberg la piedad, fundó dos monasterios, uno de canónigos reglares de S. Agustin, y otro de monges benedictinos, despues de lo cual dispuso la jornada de Italia.

Habianse levantado los longobardos, conmovidos por los artificios de cierto señor, llamado Arduino, que se puso á la fren-

te de ellos; marchó Enrique contra los rebeldes, y los deshizo enteramente. Coronado en Pavia rey de Lombardía, dió prontamente la vuelta á Alemania para sosegar las inquietudes que habian suscitado algunos malcontentos; conseguido esto, volvió con aceleracion á Italia, donde acabó de reprimir los nuevos esfuerzos de los longobardos, cediendo todo á su valor, á su justicia y á su derecha intencion. Tantas victorias consiguió su clemencia como su magnanimidad. Maltrataron á algunos oficiales suyos los vecinos de Troya, corta ciudad de la Calabria, y resolvió castigarlos severamente para que sirviese de escarmiento. Conociendo los delinquentes la piedad del príncipe, juntaron todos los niños, y se los pusieron delante, derramando muchas lágrimas aquellos inocentes, é implorando su clemencia. Enternecióse el emperador, y los perdonó, diciendo, que unas lágrimas capaces de desarmar la cólera de Dios, no podian menos de aplacar la suya.

Aun mas que los propios intereses animaba á Enrique el zelo de procurar la paz á la Iglesia. Esto le obligó á empeñar toda su autoridad y todo su poder en esterminar las divisiones que ocasionaba en Roma el antipapa Gregorio, que despues de la muerte de Sergio IV disputaba el pontificado al legitimo papa Benedicto VIII. Estinguió el cisma el religioso príncipe; y pasando á Roma con su esposa Sta. Cunegunda; fue recibido en aquella ciudad como gloria y modelo de emperadores cristianos, y como el mas zeloso defensor de la Iglesia. Coronóle por emperador de romanos el papa Benedicto, y en la misma ceremonia fué coronada Sta. Cunegunda por emperatriz. Presentó el papa al emperador un globo de oro, sembrado de piedras preciosas, de cuyo centro se elevaba una cruz, simbolo todo de su imperial autoridad; pero el piadoso príncipe se la consagró á Dios, dando su corona al monasterio de Cluni, de que era abad S. Odilon. (*)

Pacificadas las cosas de Italia, y colmado Enrique de gloria, se restituyó á Alemania, donde sosegadas tambien del todo las anteriores turbaciones, se aplicó enteramente á ser cada dia mas perfecto, y á hacer mas y mas felices á sus pueblos. Perdió del todo el gusto á los bienes criados por el de las cosas celestiales, y aun tuvo pensamiento de renunciar el cetro y dignidad imperial, y pasar el restó de sus dias en algún religioso retiro; pero

(*) En esta ocasion dió S. Enrique las mayores pruebas de su devocion á la santa Sede, confirmándola por un amplio diploma, las donaciones hechas por varios emperadores anteriores, especialmente de la soberania de Roma y del exarcado de Ravena.

se le hizo conocer que en solo un dia haria mas bien desde el trono donde le habia elevado la divina Providencia, que podría hacer en muchos años reduciéndose á vida particular y retirada.

La estancia en Alemania, y la paz que disfrutaba, le dejaron en plena libertad para satisfacer su devocion. Nunca resplandeció mas la elevacion de su virtud, ni el fervor que le animaba le permitia omitir obra alguna buena en que se pudiese ejercitar. El tiempo que no dedicaba á los negocios del estado, le empleaba en visitar los pobres en los hospitales, en ajustar las diferencias de sus vasallos, y en el ejercicio de la oracion. La emperatriz por su parte trabajaba cuanto podia en igualar la piedad de su querido esposo; cuando rabioso el demonio por ver tan raros como grandes ejemplos en la corte, puso en movimiento todos sus artificios para turbar la tranquilidad de aquellas dos grandes almas, y para oscurecer su virtud.

Algunos hombres malignos se esforzaron á introducir sospechas en el corazon del emperador contra la fidelidad y contra la pureza de su castísima esposa. Lograron sorprender algo su piedad, cuando el cielo tomó de su cuenta la defensa de la santa emperatriz, haciendo tan visible su inocencia, que quedó confundida la calumnia. Condenó Enrique su escesiva credulidad; y pidiendo perdon á la princesa, sirvió este lance para estrechar mas el nudo del casto amor que unia á los dos santos esposos.

De la misma manera consiguieron preocuparle contra S. Heriberto, obispo de Colonia; pero reconociendo muy en breve la virtud del santo prelado, el mismo emperador pasó personalmente á echarse á sus pies, y á pedirle perdon de su facilidad; la que solo sirvió para que dejase al mundo este ejemplo mas de una humildad verdaderamente heroica. No lo fué menos el que dió de su paciencia en los disgustos con que le mortificó su hermano Bruno, obispo de Ausbourg. Sufocados en este prelado todos los impulsos naturales de la sangre, y todas las obligaciones de la religion y del estado, concibió un odio mortal contra el santo emperador. Era todo su estudio darle que sentir y desazonarle, ya llamando contra él las armas de los extranjeros, ya soplando el fuego de la rebelion entre sus mismos vasallos. Todo lo sufría y lo disimulaba Enrique sin exhalar una queja. Cuanto mas desacertada era la conducta del indigno hermano, mayor era la ternura con que le amaba el santo emperador; para quien no habia mayor satisfaccion, que ofrecérsele ocasion de hacerle algún beneficio. Pero insensible Bruno á todas las prue-

bas de su amor y su heroica virtud, fué siempre el azote del pacientísimo monarca, cuya santidad quiso purificar y ejercitar el Señor por la ingrata dureza de su hermano; ni Bruno se convirtió hasta que Enrique murió.

No se estrechó su religioso zelo dentro de los vastos límites de su dilatado imperio; y animado de él, emprendió la conversión de Estéban, rey de Hungría. Con este fin, y teniendo presente la sentencia del Apóstol, de que *la mujer fiel santifica al marido infiel*, le dió por esposa á su hermana la princesa Gisela, enviando en su compañía escelentes operarios para plantar la fe en aquellas regiones. Convirtiése Estéban, y trabajó con tanto espíritu en ganar para Jesucristo á todos sus vasallos, que con razon se puede decir del reino de Hungría, que tuvo por apóstoles á un rey y á un emperador.

Inquietos siempre los lombardos, y no menos revoltosos los normandos y los griegos, turbaban la paz de la Iglesia y desolaban los pueblos de Italia. Marchó Enrique contra todos ellos; domó para siempre á los primeros; dispó las fuerzas de griegos y de normandos; apoderóse de las ciudades de Benevento, Troya, Nápoles, Capua y Salerno; restituyó á la Iglesia todo lo que la habian usurpado; hizo reflorcer la religion en todas partes, y tomó el camino de Roma. Ni las marchas, ni el mando de un numeroso ejército fueron bastantes para que jamás se dispensase en sus acostumbradas penitencias, ni para que omitiese alguna de sus diarias devociones. Ayunaba muchos dias de la semana, comulgaba los dias señalados, y nunca dejaba de cumplir con todos sus ejercicios espirituales. Pasó por Monte-Casino para satisfacer la particular devocion que profesaba al patriarca S. Benito, y el Santo se la premió prontamente, porque sintiéndose atormentado cruelmente de la piedra, logró repentina y milagrosa curacion por su intercesion poderosa.

Al retirarse de Italia, tuvo aquella célebre entrevista sobre el rio Mosa con Roberto, rey de Francia, uno de los mas virtuosos príncipes de aquel siglo; donde animados ambos del mismo espíritu y del mismo zelo por la religion, concertaron las mas prudentes y las mas seguras medidas para el mayor bien de la Iglesia y del Estado. Allí fué donde habiéndose ajustado antes el ceremonial entre los dos príncipes, en fuerza del cual cada uno habia de partir al mismo tiempo en su chalupa, navegando hasta la mitad del rio, á distancia igual de las dos orillas; pareciéndole á Enrique debia despreciar aquella escrupulosa etiqueta con un príncipe cuya virtud honraba sobre manera; no obstante las convenciones, al romper el dia partió de su campo, acompa-

ñado de algunos señores de su corte, y pasó el rio, buscando al rey en el lugar donde tenia su alojamiento.

Visitó despues el santo emperador la mayor parte de las provincias de su imperio, y habiendo dado acertadas providencias para que en todas ellas floreciese la religion, la justicia y el buen orden; hallándose en el castillo de Grona, cerca de Halberstadt, le acometió una grave enfermedad, y desde luego conoció que se acercaba su dichoso fin. Dispúsose para él con nuevos esfuerzos de fervor. Mandó llamar á la emperatriz Cunegunda, y á presencia de todos los señores y prelados que á la sazón se hallaban en la corte, la repitió nueva y pública satisfaccion de la injusta sospecha que habia tenido contra su fidelidad en aquel tiempo en que se atrevió á su pureza la calumnia; declarando la dejaba tan intacta y tan virgen como habia entrado en su poder. Conocióse entonces que Dios habia permitido aquella tempestad para manifestar al mundo cristiano la heroica virtud de los dos castos esposos, cuya humildad sin duda supo ocultar al público hasta aquel dia tan raro como heroico ejemplo de pureza, siendo cierto que nunca coronó la diadema dos sienas mas humildes. Duró casi un mes la enfermedad, en cuyo discurso dió el santo príncipe las mas relevantes pruebas de su eminente virtud; y habiendo recibido con el mas devoto fervor los santos sacramentos, lleno de confianza en la misericordia del Salvador, y de una tierna devocion á la Santísima Virgen, espiró tranquilamente la noche del dia 14 de julio del año 1024, á los cincuenta y dos de su edad, veinte y dos del reino de Alemania, y á los diez despues de coronado emperador. Los muchos milagros que desde luego obró el Señor en su sepulcro atrajeron á venerarle el concurso de los pueblos; y autentizadas estas maravillas, como tambien la heroicidad de sus virtudes, le canonizó el papa Eugenio III en el año de 1152, habiendo precedido las formalidades acostumbradas.

En el año de 1291 D. Jaime, rey de Mallorca, señor de Montpellier, conde de Rosellon y Cerdaña (como consta del auto de la dotacion del convento de Predicadores de Puigcerdá en Cataluña) dió á Fr. Bernardo Guillermo, prior del mismo convento, las cabezas de Santiago el menor y de S. Enrique. Algunos han querido suponer que la cabeza de S. Enrique es la de otro S. Enrique, rey de Francia; suposicion destituida de todo fundamento, porque segun las historias de los reyes Enrique franceses, todos están muy léjos de ser santos, hablando de los que son ya canonizados, ó merecen serlo.

SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR.

EN todas sus operaciones es admirable la divina Providencia, y adorable aquel acertado orden, aunque escondido, con que dirige todas las cosas, de manera que sirvan ciertamente á la consecucion de sus eternos designios. Pero singularmente se hace ver este carácter en la sabia disposicion que hace de todas las causas naturales, dirigiendo unas por su mano, y permitiendo la cooperacion de otras en orden á mantener la hermosa ciudad santa de la Iglesia, proveyéndola de tiempo en tiempo de varones eminentes en santidad que acrecienten de un modo nuevo su belleza. Vése esto claramente en la portentosa vida y proyectos admirables del bienaventurado S. Camilo de Lelis.

Nació este Santo en la villa de Voquianico, del reino de Nápoles, á 25 de mayo del año de 1550. Sus padres Juan de Lelis y Camila Compelio, aunque ilustres en linaje, no eran abundantes de bienes de fortuna, pues esta les negó en la carrera de las armas que seguia Juan los premios debidos, sin embargo de que no le habia escaseado los trabajos. La concepcion de nuestro Santo fué ciertamente maravillosa, pues su madre tenía ya cerca de sesenta años de edad, y tal debilidad en su constitucion, que toda razon humana debia juzgarla estéril. Pocos dias antes de dar á luz á Camilo tuvo un misterioso sueño, que su temor y debilidad interpretaron siniestramente, presagiando en el fruto de sus entrañas miserias y delitos. Parecióla que el niño que paria tenia una cruz en el pecho, y que le seguian otros muchos niños con unas cruces semejantes, lo cual hizo concebir que su hijo seria capitan de bandoleros. Pensamiento errado, que solo podia caber en una imaginacion debilitada con la flaqueza, puesto que las gentes abandonadas á la corrupcion de su corazón, siempre alejan de sí las señales de piedad, y principalmente la superior de todas ellas, que es la cruz sacrosanta. Al tiempo del parto, viéndose en peligro de la vida por su dificultad, hizo, por superior inspiracion, que la bajasen al establo; en cuyo lugar humilde dió felizmente á luz á Camilo, disponiendo el cielo que fuese en esto semejante su nacimiento al de muchos santos, y principalmente al capitan de todos ellos Jesucristo. Con la turbacion y desasosiego que trae consigo la carrera de las armas pudieron sus padres poner muy poca atencion en darle una educacion arreglada y virtuosa; y aunque le pusieron á la escuela, la falta de sujecion y las inclinaciones corrompidas de una naturaleza viciada apenas le permitieron aprender á leer y escribir. Por el



S. CAMILO DE LELIS, F.

contrario, hacia grandes progresos en la relajacion, estendiéndose la corrupcion de su alma á diversiones mas peligrosas que las que suelen entretener los primeros años de la vida. Tenia una pasion decidida al juego de naipes y de dados, y en satisfacerla ponía todo su esmero. En esto empleó mucha parte de su juventud, fomentando las malas companias de otros jóvenes disipados los vicios que son anejos á un entero olvido de la ley de Dios, y al entregarse totalmente á los engaños del mundo.

De esta manera llegó Camilo á la edad de diez y nueve años; en la cual, deseando su padre cortar los estravíos de su juventud y darle una carrera proporcionada á la nobleza de su sangre, le persuadió á que, en compania de dos primos suyos, abrazase el estado militar, como lo habian hecho sus ascendientes. Tenia á la sazón la república de Venecia guerra contra los turcos; y juzgando que alistándose en sus banderas podrian hacer lucir su valor, y alcanzar grandes honras, marcharon para Ancona, en donde se alistaban las galeras en que debian embarcarse. Pero en esta ciudad enfermaron tan gravemente el padre y el hijo, que no pudieron seguir su proyecto. Determinaron volverse á su pueblo; y habiendo llegado al lugar de S. Lupidio le acometió á Juan de Lelis una enfermedad tan aguda, que se conoció bien que era la última de su vida. Recibió los santos sacramentos con mucha compuncion y lágrimas; y descansó en el Señor, dejando anegado en ellas á su hijo Camilo. Siguió éste su viaje, y en la ciudad de Fermo esperimentó una de aquellas aldadadas con que suele llamar al corazon del hombre la divina misericordia para apartarle de los caminos de perdicion. Vió casualmente á dos religiosos franciscanos observantes con tal compostura y modestia, y pintadas tan vivamente en su rostro la santidad de sus costumbres, que esta vista le compungió su alma, y le hizo avergonzarse de su disipada vida. Fué esta compuncion en aquel punto tan fervorosa que determinó arreglar su conducta, y para conseguirlo con mas facilidad hizo allí mismo voto de tomar el hábito de san Francisco. A efecto de cumplirle partió á la ciudad de Aquileya, en donde la oportunidad de ser un tio suyo guardian del convento que allí tienen los religiosos franciscanos observantes le ofrecia el cumplimiento de sus deseos. Comunicó estos á su tio; le hizo saber asimismo el voto que habia hecho, pidiéndole con ansias que se dignase de darle el hábito. Negóse á ello su tio, creyendo acaso su vocacion pasajera, ó tal vez porque de antemano estaba bien informado de lo estragado de su vida y relajado de sus costumbres. Olvidó por entonces Camilo lo que habia prometido á Dios: asaltaron diferentes deseos á su corazon; pero viendo que